

Títere de guante

"Arte de entregado amor y exigente modestia"

"El títere del presente y del futuro, ese incansable y pícaro andarín, nos hace un guiño y nos da cita hoy en una sala de espectáculos, en un café, en una plaza, en la escuela o se instala en nuestra propia casa a través de la pantalla de nuestro televisor."

Tercera y última parte

Los títeres son para los niños sujetos plenos de vitalidad, personajes que se mueven y hablan como los seres humanos, pero al fin de cuenta muñecos. Es esta también la intención del títritero, que a pesar de su interferencia, los muñecos viven como tales.

Los niños muy pequeños que todavía no diferencian lo vivo de lo inanimado, se asustan de los títeres, pues los suponen seres reducidos a ese tamaño quién sabe por qué arte de birlibirloque. Reclén gozan con ellos cuando se aperceben que son muñecos.

Escribir para muñecos. Aquí reside la dificultad.

Ya dijimos que la acción juega un rol fundamental en lo títeres.

La palabra lo acompaña como una lámpara, alumbrándoles el camino.

Podrán en algún momento excederse en palabras, pero será para impulsarles nuevamente a la acción. En esto se parecen bastante a sus primos, los dibujos animados. Así se explica que, a pesar de la prohibición cesaniana que comentamos antes, ellos pudieran sobrevivir sin el uso de la palabra.

No obstante, la palabra lo completa y los enriquece, con la condición de adaptarla a su síntesis, a su movimiento, a su espíritu.

Es decir, hacerles hablar con un lenguaje de muñecos, suponiendo que los muñecos hablarán. Cuando se olvida esta premisa vemos que los títeres pierden toda expresión, y la voz del títritero suena extraordinariamente fuera del muñeco. En el lenguaje de los títeres debemos abandonar todo lo accesorio, constreñiremos a la síntesis de su máscara y movimiento, evitando, es claro, caer en la telegrafía.

No, no es fácil escribir para muñecos. Es decir, expresar ideas y sentimientos con ciertas palabras solamente, valiéndose de determinadas situaciones que encuadren en la naturaleza del títere y que den por resultado una obra de arte.

Sorprenden las obritas escritas por los niños por la facilidad que tienen para expresar el lenguaje de los títeres y también para ubicar los personajes en la libertad de su mecanismo teatral. En realidad ellos no ponen más de lo que atesora su cabeza. Pero para el teatro de muñecos, para comprenderlo y expresar su mundo elemental, éste es precisamente lo que necesitamos.

Nosotros creemos que a los títriteros nos conveniría, en este aspecto, aprender algo de los niños, de su síntesis, de su suelta fabulación. Por ejemplo, en una obrita escrita por un niño, aparece un señor ministro dialogando mano a mano con un pato. Esto no lo hizo con ningún espíritu de originalidad, por otra parte, entre nosotros, es un parlamento posible... y se adapta perfectamente a los títeres.

La obra de José Aguirre: El Soldadito de plomo, la escribió cuando estaba en cuarto grado. Esta pieza se ha representado y se sigue representado, es cierto que con algunos agregados y arreglos. Y no se da en homenaje a la edad del autor, pues Aguirre hace años que dejó de ser niño ¡qué pena, no! sino porque esta obrita es un modelo para la preceptiva títriterca.

Nos podríamos preguntar, ¿Por qué sirven tan bien a los títeres obras que no han sido escritas para ellos, como los Entremeses de Cervantes, Lope de Rueda, comedias de Moliere, etc? Es que en estas obras, además del tipismo de los personajes, el soldado, el sacristán, la doncella, el burgués, síntesis de caracteres de la época, poseen un intenso tono grotesco.

Cómo no van a servir a los títeres esa pléyade de



personajes que deambulan en las postrimerías del feudalismo en descomposición: los señores mal cubiertos con raídos terciopelos que en la intimidad de sus desmantelados aposentos, como nos cuenta Quevedo, recortaban las hilachas que colgaban de sus calzones, mirándose en la sombra enflaquecida que se proyectaba en la pared. Y los otros, la clase que iba a reemplazarla, jocunda, pero grotesca en sus pretensiones aristocratizantes y en su insaciable sed de dinero.

Cómo no van a servir a los títeres el chisme que vuela de oreja a oreja en la calleja bulliciosa, el médico sangrado, el filósofo indigestado de palabrejas y latines.

Como vemos, el teatro de títeres tiene sus problemas. Es arte de entregado amor y exigente modestia. El manipulador da al trazo y al papel su vibración y su fuego, oculto tras la lona; da su aliento para que vivan los muñecos. Y estos, dueños ya de la escena, obligarán al títritero a contemplar los movimientos no previstos, se independizarán hasta cierto grado, como para exigir al manipulador a tener en cuenta su existencia. Se establecerá entonces un contrapunto, mientras el títritero los crea y les da la línea general de las acciones, los muñecos lo obligarán a comprender su personalidad correspondencia entre tiere y títritero se moverá en la escena un carácter auténtico. Un personaje vivo, que no será un actor como en el teatro de persona: será el personaje exclusivo del drama que vive.

Como tal recibirá los palos. Así lo entienden los niños y los grandes.

Y ésta es la razón de su fuerza dramática. Realismo agudizado, que toca los límites de las más abstracta fantasía, por lo poco que muestra y lo mucho que sugiere.

Realismo que hizo salir de sus casillas a Don Quijote, durante la famosa representación de Maese Pedro, donde aquel descabeza a espada a la turba de moros que persiguen a Galferos y Melisendra que huyen a caballo, camino de Paris.

¿Recuerdan ustedes? Ante los lamentos del títritero, la locura de don Quijote se disipa y se dispone a pagar el destrozo provocado por su alucinación, que le hizo tomar por seres vivos a los muñecos. Pero cuando Maese Pedro le presenta a Melisendra desnarrigada y con un ojo menos, el Caballero se niega a pagar, indignado: "¡Ahí está el diablo, -exclama- si ya no estuviera Melisendra, con su esposo, por lo menos en la raya de Francia!..."

Este es, nos parece, el mundo del títere de guante... Charlatán Polichinela, ¡travieso Guiñol!... Angeles de cara sucia amados por los niños del mundo. Don Cristóbal tonante, Punch iracundo, vocinglero Petrus-hka... Gnomos de la mina resplandeciente del corazón de Garcia Lorca asesinado por los enemigos de la risa... Y dulce duendes que colmaron de pan inefable el zurrón de Mattei Kopecky que en la vieja Checoslovaquia murió mendigo.

Títeres de guante, criaturas del alma popular, hechos por sus manos; para sus manos, para la alegría y la paz, de trazo y poesía, de ternura y papel.

FIN

OTTO FREITAS (1918-1863), Poeta y famoso títritero argentino.